

manas no mejoró al enfermo, pero el uso de la tripaflavina dió un resultado francamente bueno.

No tengo experiencia personal ninguna en preparaciones de **meli-tina**, porque no habiendo existencia de ellas en esta ciudad no he tenido oportunidad de estudiar su aplicación y resultado.

Resumen :

- I. No he observado ningún caso en niños menores de dos años.
- II. La enfermedad ha sido más grave en relación a la edad, siendo más benigna mientras más jóvenes son los enfermos.
- III. Fiebre continua generalmente en las dos primeras semanas, remitente por un tiempo variable y generalmente intermitente al final, **sudores profusos, esplenomegalia precoz y acentuada** y algias, son la base del diagnóstico clínico.
- IV. El tratamiento de elección es la autovacuna o vacuna de cepa local unida a una alimentación completa.

Discurso del Presidente saliente de la Academia, Dr. Francisco de P. Miranda*

Dentro de la vida de las instituciones, los hombres que las dirigen son accidentes cuya importancia es sólo relativa. Se exagera a menudo el papel que esos hombres tienen en la marcha de las instituciones. Pero las sociedades no deben tener por centro a una persona, sino a los ideales que las formaron, para que no queden en peligro de decaer o desaparecer cuando los hombres que las animan envejecen o desaparecen. Toda institución que no responde a una necesidad, es decir, que no persigue un ideal perdurable, lleva en sí misma el germen de su propia disolución.

No procuro rehuir la responsabilidad que pueda tocarme en el balance que acabáis de oír de labios de nuestro digno secretario perpetuo; pero no puede negarse que las circunstancias del medio y del momento no son propicias para el avance que soñamos en el medio científico nacional.

* Leído en la sesión solemne del 1º de octubre de 1935.

En primer lugar, permitidme que borde un comentario sentimental alrededor del balance de pérdidas en lo que se refiere a la desaparición de cinco académicos titulares y de número y de dos académicos honorarios que nuestra corporación ha tenido que lamentar.

Cárdenas de la Vega, Canale, Cicero, Villarreal y Vélez se nos fueron definitivamente de nuestro lado. El primero en plena juventud, en plena promesa; los demás después de una vida de realizaciones. El primero de la falange que constituye nuestra esperanza, los otros de la que nos precedieron en la ruta del deber.

Colocado en el centro de estas dos generaciones de médicos, tengo motivos sobrados para sentir estas desgracias con intensidad lacerante.

Canale, tipo del médico de vasta cultura, cuyo interés abarcaba todo lo humano, de erudición casi enciclopédica y poseedor de grandes valores morales y de rica vida interior, era de esos hombres más propios para meditar y concentrarse que para edificar obra exterior.

Villarreal, en cambio, irradiaba su energía en sentido centrífugo. Impaciente por poner en obra su pensamiento, realizó constantemente en hechos sus rápidas concepciones. Dominador de la técnica, trabajador incansable, inquieto luchador deseoso de superarse, abrió brecha en la vanguardia de los cirujanos en una época en que la cirugía era obra de vanguardia. Su elemento era la lucha contra el enemigo más temible, como lo demuestra su obra contra el cáncer.

Cicero, observador minucioso, amante del detalle preciso, cuidadoso explorador de la vida, irreprochable en su conducta, cultivó su especialidad poniendo en ella alma y corazón a la vez que inteligencia. Desde joven amó las instituciones científicas dándoles vida y aliento.

Vélez, espíritu inquieto, de mil facetas divergentes, hombre de actividad incesante, cuyo interés se derramaba por doquiera, pródigo en iniciativa, dedicado a servir a sus semejantes con raro desprendimiento, dedicó lo mejor de su vida a la delicada especialidad de la oftalmología, en la que sobresalió notablemente. Con estos cuatro se nos han ido cuatro representativos de una generación de hombres románticos, creyentes del progreso humano por la vía de la cultura y del saber, generación que floreció a fines del siglo pasado.

Cárdenas de la Vega, de carácter apacible y dulce, como suele encontrarse en cuerpos débiles y enfermizos, era un joven cuya seriedad

no era propia de sus años; muy distinto de la generalidad de sus compañeros, parecía haber llegado precozmente a la madurez del espíritu. No tuvo tiempo de hacer más de lo que hizo, perfilándose como un peditra de grandes vuelos.

Además de estos académicos que tomaron parte muy activa en nuestra compañía, la Academia perdió de entre las filas de los académicos honorarios dos hombres respetabilísimos que fueron honra de nuestra Madre Patria.

Don Santiago Ramón y Cajal, sabio cuya memoria siempre veneraremos, que parecía encarnar el ideal del hombre de ciencia, pues unió a su dedicación incesante, sus cualidades de observador acucioso, su disciplina mental admirable y su genio creador de grandes instituciones. Hombre que influyó de manera decisiva sobre los que lo rodeaban y que logró modificar el medio orientándolo por nuevos caminos luminosos en un esfuerzo patriótico de renacimiento español; y don Florestán Aguilar que si no hubiese tenido otros merecimientos, bastara su obra en la Ciudad Universitaria y su noble gesto en favor de sus colegas de la Rusia sacrificada.

Por si estas pérdidas no fueran suficientes para contristarnos el ánimo, el año académico que hoy termina no ha dejado de sentirse influido por el desaliento de la crisis de la medicina por la que atravesamos, que Houssay ha analizado como fenómeno mundial en sus aspectos de: crisis científica por la atomización excesiva de estudios fragmentarios; crisis profesional por exceso de especialización en la práctica médica; crisis económica por la plétora profesional, mala distribución de graduados y desarrollo creciente de la medicina organizada que el Estado practica sin retribuir propiamente a los médicos; crisis de confianza, porque los enfermos desconfían a menudo del médico, y éste de su profesión, por lo que la moral médica decae, y crisis de investigaciones, porque la falta de recursos y de organización dificultan la formación de investigadores serios y de dedicación intensa.

Epoca es ésta en que no se oye sino palabras amargas, porque la civilización nuestra no ha alcanzado la solución de los problemas de índole económica y social; época en que la piqueta demoledora ha venido a minar la fe en todos los ideales y en que la humanidad tendrá que pagar las consecuencias de su propia desmoralización.

El verdadero hombre de ciencia, que nunca ha tenido ambiciones

materiales ni ha deseado preeminencias injustas, pero que tiene derecho a vivir decentemente, a procrear y educar a sus hijos, que ha sacrificado su juventud y su energía en el trabajo intelectual, se ve hoy menospreciado y humillado por los ignaros.

En las naciones donde han cesado de regir los principios democráticos, se suceden constantes mermas a la libertad del pensamiento, las bibliotecas son expurgadas, existe imposición de nuevos dogmas y hasta se persigue a los sabios por el delito de pertenecer a una raza distinta de la reconocida oficialmente como superior. A veces se pretende crear una ciencia oficial, llena de prejuicios deformadores de la verdad, y se ve que los profesores son obligados a innobles tareas de propaganda.

Las consecuencias no se harán esperar de continuarse por ese camino; vendrá una era en que la marcha de la ciencia se detenga, obligada a refugiarse en el silencio para escapar de nuevas inquisiciones más enconadas que las de antaño. Sólo resistirán aquellos pocos creyentes en la misión superior del hombre en esta vida, participante en una creación que aun no ha terminado, y que sean capaces de sentir la vergüenza de no poner en acto aquello de que somos capaces en potencia.

No hay razón ninguna de índole intrínseca para una crisis del pensamiento y de la cultura, a menos que querramos desentendernos de nuestros deberes. Es preciso que defendamos nuestras instituciones y que las hagamos vivir la vida superior del intelecto para la que fueron creadas por nuestros mayores.

Al separarme del puesto a que me llevó la bondad de mis compañeros, permitidme que haga un llamado a su desinterés y a su espíritu de sacrificio, pidiéndoles que no deserten de las filas adonde el deber nos llama, y que continúen llenos de fe cumpliendo su misión de investigadores por encima de todos los obstáculos y de todas las decepciones, continuando así nuestra tradición de cultura y tratando de superar a los que nos van abandonando.

Me retiro confiado en que dejo la presidencia en manos de un hombre joven aún y lleno de energías, cuyo prestigio no cesa de acrecentarse a medida que da mayores muestras de saber, de habilidad técnica y de afán de superarse. Un hombre que trabaja intensamente

y del que esperamos sacrifique algo de tiempo y de energías, para dar mayor vida a esta Academia, siempre dispuesta a abrir sus brazos para acoger en su seno a todo aquel que sobresale por su esfuerzo, por su talento y por la rectitud de su conducta.

Sean mis últimas palabras de viva gratitud y reconocimiento por el altísimo honor que he recibido y que nunca creí merecer, honor que espero corresponder al continuar mi labor modestamente en las filas de los batalladores del ideal.

Discurso del Presidente entrante de la Academia, Dr. Gustavo Baz*

Quisiera que mis palabras, en esta ocasión, fueran un mensaje de entusiasmo y de optimismo que aumentara el esfuerzo en la labor científica que ha sostenido y que sostiene a la Academia Nacional de Medicina como la asociación médica más antigua y de más prestigio en la República.

La humanidad, desde su origen, busca aumentar el porcentaje de bienestar entre los hombres. La historia nos cuenta de esfuerzos y de sacrificios, de revoluciones y aun de guerras, que este justo deseo ha traído consigo, y nos cuenta también de cómo han sido los intelectuales culpables de indiferencia y egoísmo ante los problemas sociales, y aun se ha llegado, en otras épocas, hasta la persecución contra ellos; y si en estas circunstancias difíciles para el investigador, para el hombre de ciencia, no se abandonó el estudio ni el interés científico, menos lo vamos a hacer ahora en que el Gobierno de la República anuncia, como parte de su programa, un apoyo fuerte y eficaz a la cultura superior y a la investigación. Más que nunca la Academia Nacional de Medicina debe demostrar que su labor, completamente alejada de todo egoísmo, continúa y mejora su calidad, de acuerdo con los progresos de la ciencia.

La Academia Nacional de Medicina, como cuerpo consultivo del Gobierno de la Nación, continuará poniendo a la disposición de éste el fruto de su labor científica.

* Leído en la sesión solemne del 1° de octubre de 1935.